

AMAR COMO JESÚS NOS AMA. TERESA DE LISIEUX Y LA CARIDAD

EMILIO J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, OCD.
Instituto Superior de Ciencias Morales (Madrid)

RESUMEN

Teresa de Lisieux ha experimentado a Dios como Amor misericordioso manifestado así definitivamente en Cristo, al que ella ha accedido en la meditación de sus Misterios y en la celebración eucarística. Esta experiencia intensa del amor que es Dios revelado en Cristo, ha sanado y vivificado humana y espiritualmente a Teresa, animándola a una vivencia de la caridad al estilo de Jesús por encima de todas las dificultades que se le han presentado en la vida, particularmente al interior de su comunidad religiosa. Desde su experiencia mística, ella es maestra autorizada en el conocimiento del Dios Amor que nos llama al amor.

Palabras clave: Caridad, Espiritualidad, Teresa de Lisieux

ABSTRACT

Therese of Lisieux has felt God's merciful love inside in just the same way Christ did. She reached this love through the meditation of her Mysteries and Eucharistic celebrations. This intense experience of love, which is again God reflected on Jesus Christ, has healed and refreshed Teresa in human and spiritual ways. Thus encouraging her to live charity just like Jesus did, going through countless difficulties in life, particularly those within his religious community. Therefore, it is due to her mystical experience that we can consider her proficient all the knowledge concerning the love of God on us.

Key words: Charity, Spirituality, Therese of Lisieux.

“¿Y cómo amó Jesús a sus discípulos y por qué los amó? No, no eran sus cualidades naturales las que podrían atraerle. Entre ellos y él la distancia era infinita. El era la Ciencia, la Sabiduría eterna; ellos eran unos pobres pescadores, ignorantes. Sin embargo Jesús los llama sus amigos, sus hermanos. Quiere verles reinar con él en el reino de su Padre, y, para abrirles las puertas de ese reino, quiere morir en una cruz, pues dijo: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”¹.

Cuando Teresa del Niño Jesús (1873-1897) escribe estas palabras, le quedan apenas unos meses de vida. Invadida por la tuberculosis, la *peste* de finales del XIX, sabe que para ella las esperanzas de curación son muy escasas, cuando no nulas. Así lo sospecha también su hermana, sor Inés de Jesús, quien pide a la priora, Madre María de san Luis Gonzaga, que permita a Teresa continuar con el relato de su vida que había compuesto entre 1895 y 1896, siendo priora sor Inés. La Madre Gonzaga de su aprobación y, en este último cuaderno escrito por Teresa, la reflexión espiritual se impone a la mera narración cronológica, tratando la joven carmelita algunos temas que son de su interés y adornándolos con recuerdos de su vida conventual. Uno de los más importantes es el de la caridad².

Para iluminar su experiencia acerca del amor fraterno, Santa Teresita, en páginas escritas con sabor a *testamento espiritual*, reflexiona acerca del mandato del Señor en la Última Cena (cf. Jn 13, 34-35). Para ella el *mandamiento nuevo* no es tan sólo una bella sentencia, ni siquiera es simplemente un imperativo. Para Teresa, si Jesús nos pidió que nos amáramos como él nos amó, es porque ello debe ser posible y debe, por tanto, convertirse en el objetivo fundamental de nuestra vida cristiana³.

1 TERESA DE LISIEUX, *Obras completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1996, 287 (es traducción de la edición francesa: Thérèse de Lisieux, *Œuvres complètes*, Paris, Cerf – DDB, 1992). Citaremos siempre por esta edición en español, usando las siglas que aparecen en las pp. 1345-1347 y que son las comúnmente utilizadas para citas las obras de santa Teresita. Según ellas, el texto traído se citaría: Ms C 12r.

2 Según sor Inés, santa Teresa de Lisieux habría querido dedicar este último escrito exclusivamente al tema de la caridad (cf. *Procès Apostolique, 1915-1917*, Roma, Teresianum, 173). De los Procesos hay una traducción parcial al español: *Teresa de Lisieux. Procesos de Beatificación y Canonización (selección)*, Burgos, Monte Carmelo, 1996). Pero sor María de la Trinidad, novicia y amiga de la Santa, afirma que ella tenía en mente hacer un comentario al *Cantar de los Cantares* (cf. nota 70 al Ms C en la edición de *Obras completas* citada más arriba, p. 1069). En cualquier caso, el tema del amor aparece como nervio principal de la inspiración teresiana en estas páginas.

3 El razonamiento de la Santa puede parecer simple o evidente. Si rastreamos nuestra conciencia para descubrir hasta qué punto nuestro obrar cristiano está –o no– motivado por amar a los demás como Él nos amó; y si reflexionamos acerca de qué significa amar como Jesús amó, entonces nos daremos cuenta de que los planteamientos de Teresa no son nada fútiles sino, por el contrario, absolutamente decisivos para definirnos como creyentes en Cristo Jesús.

El primer paso en la reflexión teresiana es contemplar a Jesús, dejarse instruir en el silencio interior por sus obras y palabras, preguntarse acerca de sus opciones, actitudes y actos... Como se sigue del texto que hemos traído –así lo va a entender santa Teresita–, el fruto de dicha contemplación es comprender que Jesús no amó a los suyos porque lo mereciesen, sino *porque lo necesitaban*... Y ése será el empeño de Teresa: amar a todos con independencia de los méritos que hayan acumulado o no para ser amados.

Un proceso de contemplación, reflexión y conclusión operativa aparentemente sencillo el que vemos en este texto, que nos ilustra acerca de la palabra que Teresa de Lisieux nos va a decir sobre la caridad: para amar en clave cristiana es necesario contemplar a Jesús, palabra definitiva del Padre, modelo de amor auténtico según el querer de Dios. Porque, como intentaremos demostrar, para santa Teresa del Niño Jesús el fundamento de la caridad, del amor interhumano, es el amor divino. Una afirmación que la Santa hará no fundamentalmente desde la especulación y los razonamientos, sino desde una experiencia cordial del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo y brota en la vida de cada creyente empujándonos a amar a los otros.

1. EL VALOR DE LA EXPERIENCIA

La palabra que Teresa de Lisieux nos aporta sobre la caridad no es, por tanto, fruto exclusivo de la reflexión racional, sino de la experiencia cualificada de Dios. Se articula en el ámbito de la contemplación de las verdades divinas en la oración y en la vida de cada día, a la luz de la Verdad revelada en la Escritura y de las enseñanzas eclesiales⁴. Sin estar académicamente preparada para ello, lo cierto es que Teresa meditó con sencillez estas verdades y con ellas iluminó los acontecimientos de su vida, de los que, a su vez, extraía conclusiones que la alentaban en el camino hacia la configuración con Cristo⁵.

4 Para Teresa la Sagrada Escritura es la fuente esencial de luz, pues en ella se le da al vivo Jesús, su único *director* (cf. Ms A 33v, 48v, 70r, 76r, 80v...). Y ama apasionadamente el Evangelio (cf. Ms A 83v; puede verse: Agustí Borrell, “*Horizontes infinitos*. Teresa de Lisieux y la Biblia”, en E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ (coord.), *Teresa de Lisieux. Profeta de Dios, doctora de la Iglesia*. Actas del Congreso Internacional, Salamanca – Ávila, UPSA – CITES, 1999, 241-261).

5 “A pesar de que no tenía preparación y de que carecía de medios adecuados para el estudio y la interpretación de los libros sagrados, Teresa se entregó a la meditación de la palabra de Dios con una fe y un empeño singulares. Bajo el influjo del Espíritu logró, para sí y para los demás, un profundo conocimiento de la Revelación. Concentrándose amorosamente en la Escritura -manifestó que le hubiera gustado conocer el hebreo y el griego para comprender mejor el espíritu y la letra de los libros sagrados- puso de manifiesto la importancia que las fuentes bíblicas tienen en la vida espiritual, destacó la originalidad y la lozanía del Evangelio, cultivó con sobriedad la exégesis espiritual de la palabra de Dios, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. De esta forma, descubrió tesoros ocultos” (El texto es de la carta apostólica de Juan Pablo II, *Divini Amoris Scientia*, por la que Santa Teresa del

Un testimonio de este género resulta de enorme calidad para nuestro mundo hoy. Una sociedad cansada o poco capaz de escuchar discursos de corte racional, en la que la transmisión sociológica de los valores cristianos resulta cada vez más difícil, acoge con facilidad, sin embargo, los testimonios de experiencia. Así lo había anticipado Rahner, en cita tan manida como, por lo general, poco comprendida: “Solamente para aclarar el sentido de lo que se va diciendo, y aun a conciencia del descrédito de la palabra «mística» –que bien entendida no implica contraposición alguna con la fe del Espíritu Santo, sino que se identifica con ella–, cabría decir que el cristiano del futuro o será un «místico», es decir, una persona que ha «experimentado» algo, o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales”⁶.

Efectivamente: nuestra sociedad no cree ni unánime, ni evidente, ni públicamente; y lo generalizado en nuestro ambiente no es precisamente el sentimiento religioso. La experiencia, sin embargo, sigue conmoviendo, alentando, llamando. Tiene además un poder transmisor, es contagiosa: el místico, desde su experiencia, induce a la experiencia y Teresa, desde la suya, anima al conocimiento de Cristo Jesús, ese conocimiento que sólo puede llevar al amor.

Hablar de experiencia, sin embargo, puede suscitar todavía algunas reticencias; nos evoca la palabra el mundo de lo vago, subjetivo, sin anclajes racionales suficientemente contrastados... Todas estas objeciones podrían resultar válidas para una vivencia superficial, no comprometida ni verificada. En el caso de santa Teresa del Niño Jesús estamos hablando de una experiencia cualificada hasta el punto de que la Iglesia le ha conferido, en base a esa experiencia recogida en sus escritos, el título de Doctor de la Iglesia: tercera mujer y persona más joven que es distinguida con él: “Durante su vida, Teresa descubrió «luces nuevas, significados ocultos y misteriosos» (Ms A 83v) y recibió del Maestro divino la «ciencia del amor», que luego manifestó con particular originalidad en sus escritos (cf. Ms B 1r). Esa ciencia es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio del Reino y de su experiencia personal de la gracia. Se puede considerar como un carisma particular de sabiduría evangélica que Teresa, como otros santos y maestros de la fe, recibió en la oración (cf. Ms C 36r) [...].

Niño Jesús y de la Santa Faz es declarada Doctora de la Iglesia universal, n. 9. En: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_19101997_divini-amoris_sp.html (citaremos DAS seguido del número).

6 K. RAHNER, “Espiritualidad antigua y actual”, en ID., *Escritos de Teología VII*, Madrid, Taurus Ediciones, 1969, 25.

Los pastores de la Iglesia, comenzando por mis predecesores los Sumos Pontífices de este siglo, que propusieron su santidad como ejemplo para todos, también han puesto de relieve que Teresa es maestra de vida espiritual con una doctrina sencilla y, a la vez, profunda que ella tomó de los manantiales del Evangelio bajo la guía del Maestro divino y luego comunicó a sus hermanos y hermanas en la Iglesia con amplísima eficacia (cf. Ms B 2v-3r)⁷.

En un momento en el que comunicar la buena noticia, decir *Dios* con sentido es un problema en el seno de una sociedad que es indiferente al mensaje evangélico –cuando no lo rechaza–, Teresa nos aporta una palabra experiencial cercana y cotidiana, capaz de verter la complejidad del Misterio del Amor de Dios revelado en Cristo en conceptos sencillos, en un lenguaje accesible y muy vital, porque brota de su propia vida: “La misión de Teresa de Lisieux no es literaria, sino religiosa. Si se comprende esto, tal vez se comparta la impresión de la filósofa y carmelita Edith Stein cuando a una amiga que le confesaba que no le gustaba el estilo de Teresa le escribía: «Me sorprende lo que me escribes sobre Teresita. Hasta ese momento, a mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiésemos acercarnos a ella de esa forma. La única impresión que yo he tenido fue la de encontrarme allí ante una vida humana, única y totalmente traspasada hasta el fondo por el amor de Dios. Yo no conozco nada más grande, y un poco de eso es lo que yo quisiera trasladar, en la medida de lo posible, a mi propia vida y a la vida de los que me rodean»⁸.

“Como ocurre siempre con ella [ha dicho H. U. von Balthasar], su vida está plagada de gérmenes doctrinales que la teología sólo tiene que desarrollar para salir ricamente fecundada”⁹. Así ocurre en la reflexión y presentación al mundo

7 DAS 2-3. “La *Positio* [volumen en el que se recogen los argumentos teológicos para la concesión del título de Doctor a Teresa] enumera e ilustra algunos capítulos de la teología en los que Teresa se ha convertido en una «auctoritas»: la singular experiencia de la misericordia de Dios y de su paternidad; la gozosa aceptación de la pobreza de la criatura abierta confiadamente a la gracia; la fuerte e inmediata experiencia de la presencia de Cristo y de sus misterios en su vida; la centralidad de las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad–, vividas en la madurez de la prueba y en el esplendor del total abandono en manos de Dios; la experiencia de la Iglesia en su dimensión materna, con la conciencia de ser el cuerpo místico de Cristo, en la belleza de su santidad carismática y de su universalidad misionera; el redescubrimiento evangélico de María, de su camino de fe y de su maternidad espiritual; el sentido dinámico de las realidades últimas y de la comunión de los santos como una comunicación dinámica e ininterrumpida entre el cielo y la tierra, como una participación fecunda de los bienaventurados en la vida y en la misión de la Iglesia peregrina en el mundo” (J. CASTELLANO, “El doctorado de santa Teresa del Niño Jesús. Una propuesta eclesial”, en E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ (coord.), “Teresa de Lisieux. Profeta...”, o. c., 429).

8 C. DE MEESTER, *Dinámica de la confianza. El secreto de Teresa de Lisieux*, Burgos, Monte Carmelo, 1998, 19.

9 H. U. VON BALTHASAR, *Therese von Lisieux. Geschichte einer Sendung*, Köln, Hegner, 1950, 132 (hay traducción española: *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*, Barcelona, Herder, 1957).

de la virtud cristiana de la caridad iluminada desde su experiencia de Dios, que inmediatamente analizaremos.

2. ENTRE LA LUCHA Y LA ESPERANZA. AL ENCUENTRO DE LA CARIDAD

2.1. EL AMOR Y EL DOLOR

Gran parte de la validez de la experiencia teresiana reside, como hemos dicho, en que se trata de una experiencia contrastada con la vida de cada día. En ella, con todos sus lances, luces y sombras, Dios le sale al encuentro como una presencia amorosa y sanadora; presencia que está en la base de la vivencia de la caridad en Teresa de Lisieux, como veremos: “Iluminada por la palabra revelada, Teresa escribió páginas admirables sobre la unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. Ms C 11v-19r)”¹⁰.

Thérèse Martin Guerin viene al mundo un 2 de enero de 1873 en Alençon. Es la novena y última hija del matrimonio formado por Luis Martin y Celia Guerin; cuatro de sus hermanos (dos varones y dos niñas) han fallecido a edades muy tempranas y la propia vida de Teresa corre peligro a los dos meses, por lo que sus padres deciden enviarla con su nodriza al campo. A tan corta edad comienza la pequeña Teresa a saber del poder de la separación.

Un año pasa en la granja de Semallé, hasta que el 2 de abril de 1874, contando 1 año y 3 meses, vuelve a su casa de Alençon. Separada del campo, ha de adaptarse a su nuevo entorno, rodeada de amor hecho patente en sonrisas y caricias: “Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso que daba, y mi carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida”¹¹.

Vida que le va a poner delante su cara más trágica muy pronto. A la primera separación de infancia, aparentemente superada en este ambiente de estabilidad y ternura, siguen otras muchas, la primera de las cuales y más terrible es la muerte de su madre. Doloroso episodio que abre un nuevo período de su vida, que ya no puede ser contemplada como lugar de gozo, sino como crisol de pruebas y sufrimientos¹².

Después de contemplar el ataúd de su madre, “muy grande... y muy triste...”¹³, la pequeña se echa en brazos de su hermana Paulina, a quien *adopta*

10 DAS 9.

11 Ms A, 12r.

12 Cf. *ib.*

13 Cf. *ib.*, 12 v.

como nueva mamá. Toda la familia sale de Alençon, donde han transcurrido los años de infancia, para trasladarse a Lisieux. Pero también la segunda *madre* se marcha: a un internado durante los períodos de clase; más tarde, al Carmelo –donde toma el nombre de sor Inés de Jesús–, para no volver jamás¹⁴, pese a las promesas hechas a Teresa de que ambas se irían juntas como ermitañas al desierto¹⁵. A Paulina le seguirá Leonia, la más difícil de las hermanas, quien entra de modo extravagante en un convento de clarisas del que no tardará en salir¹⁶. Después será María, la hermana mayor y madrina de bautismo de Teresa, la que ingrese en el Carmelo: “¿El 15 de octubre fue el día de la separación! De la alegre y numerosa familia de los Buissonets [el hogar de Lisieux] ya sólo quedaban las dos últimas hijas... Las palomas habían huido del nido paterno”¹⁷.

A Teresa le gustan los días de *fiesta de descanso*, en los que toda la familia permanece unida, casi girando en torno a ella¹⁸, pero la tarde del domingo le llena de melancolía: es el preludio de la vuelta a las clases, a la monotonía del trabajo diario. En la Abadía¹⁹ Teresa sufre con las clases de cálculo y ortografía; tampoco se entiende con sus compañeras de clase, y Celina –más de tres años mayor que Teresa, su compañera de juegos y sueños– tiene que salir muchas veces en su defensa; no encuentra sino “amargura en las amistades de la tierra”²⁰.

Papá, Luis Martin, el *rey* de Teresa, es un hombre bondadoso que vuelca sobre sus hijas toda su ternura. Lleva a su benjamina a pasear o de pesca; juntos acuden a misa a la catedral despertando la admiración de los presentes. Ella le ama profundamente: “¿Quién podría decir lo mucho que quería a papá? Todo en él me causaba admiración. Cuando me explicaba sus ideas (como si yo fuese ya una jovencita), yo le decía ingenuamente que seguro que si decía todas esas cosas a los hombres importantes del gobierno, vendrían a buscarlo para hacerlo rey, y entonces Francia sería feliz como no lo había sido nunca...”²¹.

14 Cf. *ib.*, 25v-26r.

15 “Un día, yo había dicho a Paulina que me gustaría ser solitaria,irme con ella a un desierto lejano. Ella me contestó que ése era también su deseo y que *esperaría* a que yo fuese mayor para marcharnos. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita sí lo había tomado es serio. Por eso, ¿cuál no sería su dolor al oír un día hablar a su querida Paulina con María de su próxima entrada al Carmelo...?” (*ib.*, 25v).

16 Cf. *ib.*, 43v.

17 *Ib.*

18 Cf. *ib.*, 17r.

19 El internado donde estudian todas las hermanas Martin, la *Abadía de Nuestra Señora del Prado*, un monasterio de benedictinas a las que Napoleón permitió regresar al convento si asociaban a éste alguna obra social (cf. *ib.*, 22rss).

20 *Ib.*, 37r.

21 *Ib.*, 21r-v.

También él las abandona a veces: a París, a Alençon, una vez incluso marcha siete semanas, a Constantinopla²². En los paseos con su padre, su corazón se ensancha y siente que hay un lugar donde su alma puede hallar el reposo y la quietud que tanto la seducen²³; pero hay que notar que ese sentimiento de lo infinito se dispara al brotar en su interior la melancolía, como ilustra este episodio que ella misma nos narra: “La tarde pasaba rápidamente, y pronto había que volver a los Buissonnets. Pero antes de partir, tomaba la merienda que había llevado en mi cestita. La hermosa rebanada de pan con mermelada que tú me habías preparado había cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color, ya no veía más que un pálido color rosado, todo rancio y revenido... Entonces la tierra me parecía aún más triste, y comprendía que sólo en el cielo la alegría sería sin nubes...”²⁴.

En paralelo, pues, a la nostalgia, al sentimiento de que todo pasa y es fugaz y pasajero, se asienta en el corazón de Teresa la presencia amorosa de un Dios capaz de conservarlo todo, de un Dios que evita que la vida se derrame, que la sostiene entera impidiendo que se quiebre con la fuerza de su amor.

2.2. LA CARIDAD EN EL CORAZÓN

Pero la irrupción del amor de Dios en el corazón de Teresa ha de abrirse paso a través de un carácter débil, extremadamente sensible. Estos acontecimientos –y otros– que venimos narrando, hacen de la pequeña señorita Martín una niña que se relaciona con dificultad, que sólo encuentra consuelo en el ámbito familiar y que, aun en él, llora por cualquier contrariedad²⁵.

22 Entre agosto y octubre de 1885.

23 “¡Qué hermosos eran para mí los días en que mi rey querido me llevaba con él a pescar! ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A veces intentaba pescar con mi cañita. Pero prefería ir a sentarme *sola* en la hierba florida. Entonces mis pensamientos se hacían muy profundos, y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oración... Escuchaba los ruidos lejanos... El murmullo del viento y hasta la música difusa de los soldados, cuyo sonido llegaba hasta mí, me llenaban de dulce melancolía el corazón... La tierra me parecía un lugar de destierro y soñaba con el cielo...” (*Ib.*, 14v).

24 *Ib.*

25 “Tengo que decirte, Madre [habla con su hermana sor Inés –Paulina– quien es la priora del convento de Lisieux cuando Teresa redacta estas páginas], que a partir de la muerte de mamá, mi temperamento feliz cambió por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice tímida y callada y extremadamente sensible. Bastaba una mirada para que prorrumpiese en lágrimas, sólo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí, no podía soportar la compañía de personas extrañas y sólo en la intimidad del hogar volvía a encontrar mi alegría” (*Ib.*, 13r; cf. *ib* 44v). La situación se agravó con la entrada de Paulina en el Carmelo, lo que fue casi sin lugar a dudas causa de la extraña enfermedad de naturaleza histérica que sufrió Teresa con sólo 10 años y de la que se supo siempre sanada por la sonrisa de la Virgen María (la narración en *ib.*, 27r-30v).

El 25 de diciembre de 1886, todo cambia. La niña que parece querer atraer la atención de quienes la rodean mostrándose débil, enferma y triste, para así suscitar amor y compasión²⁶, es transformada la noche de Navidad. A la vuelta de la *Misa del Gallo*, Luis Martín tiene por costumbre, siguiendo la tradición, poner los regalos para sus hijas en la chimenea de la casa familiar de los Buissonets; tras la cena, la velada y la misa está, sin duda, cansado y por ello manifiesta su satisfacción pensando que se trata del último año en que tendrá que hacer esta ceremonia, pues Teresa ya tendrá cumplidos los 14 para el próximo. La hipersensibilidad de la benjamina de la casa hacía temer un nuevo estallido a su hermana Celina. Teresa, sin embargo, se comporta con entera normalidad, como si nada hubiera oído, ante la admiración de Celina y de sí misma. Años después, cuando haga el relato de los hechos de aquella noche en su autobiografía –la *Historia de un alma*–, lo recordará como una gracia por la que Dios transformó su corazón a imagen del corazón del Encarnado²⁷. Escuchemos su narración: “Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando alegremente todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recordado ya su buen humor, y Celina creía estar soñando... Felizmente, era una hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre...!

26 “Una noche, tuve una experiencia que me abrió mucho los ojos. María (Guérin), que casi siempre estaba enferma, lloriqueaba con frecuencia, y entonces mi tía la mimaba y le prodigaba los nombres más tiernos, sin que por eso mi querida primita dejase de lloriquear y de quejarse de que le dolía la cabeza. Yo, que tenía también casi todos los días dolor de cabeza, y no me quejaba, quise una noche imitar a María y me puse a lloriquear echada en un sillón, en un rincón de la sala. Enseguida Juana y mi tía vinieron solícitas a mi lado, preguntándome qué tenía. Yo les contesté, como María: *Me duele la cabeza*. Pero al parecer eso de quejarme no se me daba bien, pues no puede convencerlas de que fuese el dolor de cabeza lo que me hacía llorar. En lugar de mimarme, me hablaron como a una persona mayor y Juana me reprochó el que no tuviera confianza con mi tía, pues pensaba que lo que yo tenía era un problema de conciencia... En fin, salí sin más daño que el haber trabajado en balde y muy decidida a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula de *El asno y el perrito*. Yo era como el asno, que, viendo las caricias que le hacían al perrito, fue a poner su pesada pata sobre la mesa para recibir también él su ración de besos. Pero, ¡ay!, si no recibí palos, como el pobre animal, recibí realmente el pago que me merecía, y la lección me curó para toda la vida del deseo de atraer sobre mí la atención de los demás. ¡El único intento que hice para ello me costó demasiado caro...!” (*Ib.*, 42 r).

27 Consciente de haber recibido una gracia, Teresa no lo es menos de la necesidad y valor de su esfuerzo para que ella se abra camino. Así lo explicita en un testimonio recogido por su hermana Inés el 8 de agosto de 1897: “Hoy he estado pensando en mi vida pasada y en el acto de valor que realicé en aquella Navidad, y me vino a la memoria la alabanza tributada a Judit: «Has obrado varonilmente y tu corazón se ha fortalecido». Muchas almas dicen: No tengo fuerzas para hacer tal sacrificio. Pues que hagan lo que yo hice: un gran esfuerzo. Dios nunca niega esta primera gracia que da el valor para actuar; después, el corazón se fortalece y vamos de victoria en victoria” (UC 8.8.3, p. 863 de la edición de *Obras completas* que manejamos).

Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...

La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi buena voluntad, que nunca me había faltado.

Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús mismo cogió la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de almas, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... *Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!*²⁸.

A partir de esa fecha Teresa comienza, en efecto, una *carrera de gigante*²⁹, y esa carrera se inicia, precisamente, cuando la caridad entra en el corazón de Teresa, es decir, cuando, habiendo experimentado el amor de Jesús que abandona los palacios celestes para tomar la forma de siervo, cambia el rumbo de su vida para seguirle allá donde vaya. Teresa se referirá siempre a este hecho como su *conversión*, su *metánoia*, término griego que expresa esa realidad en los evangelios: un cambio de dirección, una reorientación completa de la vida en el sentido que Dios quiere y que nos ha revelado en Cristo Jesús; cambio de dirección posible solamente en cuanto que hemos comprendido y experimentado su amor no sólo como una idea o una verdad de fe, sino como una realidad que *nos afecta*.

Habiendo experimentado al Jesús que toma las lágrimas de Teresa para regalarle a ella la alegría, nuestra Santa siente que se inicia para ella *una nueva etapa de su vida*³⁰, en la que va a descubrir su entrega en el Carmelo como forma específica de vivir el misterio de la caridad –amor a Dios y a los hermanos– que brota de haber experimentado el amor de Jesús³¹; un amor que la libera del egoísmo, de la necesidad de mirarse a sí misma y mendigar el cariño, para

28 Ms A, 45r-v.

29 Cf. *ib.*, 44v.

30 Hemos visto más arriba que lo explicita claramente: “Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...” (*Ib.*, 45v).

31 “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus Caritas est*, 1. Usamos la traducción española de la edición típica, publicada por la Librería Editrice Vaticana en la Ciudad del Vaticano –25-12-2005– y distribuida por Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española. Citaremos DCE seguido del número).

mostrarle el auténtico camino de la felicidad, el que brota de la entrega a los otros: “En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda [*dodim*], este vocablo [*ahahá = agapé*] expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca”³².

En su marcha hacia el Carmelo, efectivamente, santa Teresa de Lisieux asumirá el sacrificio de la separación de los suyos, de la incompreensión de quienes pensaban que su marcha allí respondía más al deseo de estar con sus hermanas que a una auténtica llamada de Dios³³ y ofrecerá pequeños y grandes sacrificios para ir cumpliendo en el mundo su vocación de carmelita³⁴. Pero son sacrificios asumidos y buscados por una sola razón: el amor.

2.3. UN AMOR SANADOR QUE INVITA A SANAR

Ya en el Carmelo³⁵, Teresa confrontará sus deseos de santidad con las vías propuestas en su tiempo para alcanzarlo. Ella quiere recorrer únicamente el camino del amor, aun cuando él acarree sufrimiento, pero en su tiempo no era extraño encontrar almas que, a causa de una imagen deformada de Dios, buscaban el dolor por el dolor, encontrando al sufrimiento un valor en sí mismo³⁶. El providencial encuentro con el P. Alejo Prou, un franciscano que predica los

³² *Ib.*, 6.

³³ El lector interesado encontrará todos los avatares que precedieron a la entrada de Teresa en el Carmelo –llegó hasta viajar a Roma con el fin de conseguir una autorización de León XIII– narrados por ella misma en Ms A 45v-68v. De la abundante bibliografía que existe sobre esta etapa, bien en general, bien para aspectos parciales, nos limitamos a señalar: G. GAUCHER, *Histoire d'une vie; Thérèse Martin*, Paris, Cerf, 1986; E. J. PIAT, *Histoire d'une familia. Une école de sainteté. Le foyer où s'épanouit Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus*, Lisieux, Office Central de Lisieux, 1948 (hay traducción española: *Historia de una familia: una escuela de santidad*, Monte Carmelo, Burgos, 1950); J. F. SIX, *La verdadera infancia de Teresa de Lisieux. Neurosis y santidad*, Barcelona, Herder, 1982; ID., *Teresa de Lisieux en el Carmelo*, Barcelona, Herder, 1989.

³⁴ “Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me sentí profundamente impresionada por la sangre que caía de una de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas” (Ms A, 45v).

³⁵ Santa Teresita ingresa en el Carmelo de Lisieux el 9 de abril de 1888, contando 15 años y tres meses.

³⁶ Cf. L. J. FERNÁNDEZ FRONTELA, “Entorno histórico de Teresa de Lisieux”, en *Revista de Espiritualidad*, 55 (1996), 399-443; ID., “El Carmelo teresiano francés en el siglo XIX”, en E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ (coord), “Teresa de Lisieux. Profeta...”, o. c., 57-95; J. M. PALOMARES, “Francia en tiempos de Teresa de Lisieux. Sociedad y política religiosa durante la III República”, en *ib.*, 37-56; E.

ejercicios a las carmelitas entre el 7 y el 15 de octubre de 1891 la lanzará, definitivamente, por los mares de la confianza y del amor: “Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo). Estaba decidida a no decirle nada acerca de mi estado interior, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesionario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, incluso adivinada... Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, y que, como representante suyo, me decía de su parte que Dios estaba muy contento de mí...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Nunca había oído decir que hubiese faltas que no desagradaban a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En el fondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. ¿No estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces lo he visto por experiencia...! Ningún reproche me afectaba tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder, mientras que el amor no sólo me hace correr sino volar...”³⁷.

Santa Teresa del Niño Jesús se siente abrazada, asumida, comprendida en ese amor inmenso que es Dios Padre, que se ha revelado definitivamente tal en la persona de Jesucristo³⁸: por amor, Dios se ha hecho hombre en Él en la Encarnación; por amor ha entregado su vida por nosotros y ha asumido la humillación patente en su Faz adorable³⁹; por amor permanece unido a la humanidad y a cada persona, está presente en la Iglesia en el sacramento de la Eucaristía⁴⁰.

J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, *La ternura es el rostro de Dios. Teresa de Lisieux*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1997, 25-77.

37 Ms A, 80v.

38 “Jesús tuvo la profunda experiencia de que en su interior –o mejor, a través de él– actuaba Dios, al que sentía como un poder amoroso, todopoderoso e íntimo, como el niño siente a su padre. Por eso le llamaba Abba, papá. (Nota para el lector. Olvídense de los padres reales, estamos hablando de un «padre» ideal, visto y sentido por un niño platónico. Para este niño ideal, su papá ideal es todopoderoso y amable. A eso creo yo que se refería Jesús al decir Abba, tras haber dicho que «si no os hicierais como niños» no entenderías nada de esto. Por cierto, Teresa de Lisieux se lo tomó al pie de la letra y, por eso, es poéticamente grande a pesar de su cursilería estilística)” (J. A. MARINA, *Por qué soy cristiana*, Madrid, Anagrama, 2005, 129).

39 En su nombre religioso, nuestra Santa asume estos dos misterios de amor de Dios revelados en la vida de Jesús; se llamará Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz.

40 Nos dice Benedicto XVI: “Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En

Esta intensa cercanía de Jesús es vivida y contemplada por Teresa con tal intensidad⁴¹, que siente el amor de Dios revelado en Cristo como un amor sanador de todas sus nostalgias, de todas sus melancolías. Así lo expresa en un poema que escribe al Sagrado Corazón de Jesús:

“Necesito un corazón que arda en ternura,
que sea mi apoyo sin ninguna reserva,
que ame todo en mí, incluso mi pequeñez,
que no me abandone ni de día ni de noche.
No he podido encontrar ninguna criatura
que me ame siempre, que nunca se muera.
Necesito un Dios que tome mi naturaleza,
y que sea mi hermano, y que pueda sufrir.

Me escuchaste, único Amigo a quien amo.
Para cautivar mi corazón, te hiciste mortal
y vertiste tu sangre, ¡misterio supremo!,
y sigues vivo para mí en el altar”⁴².

Se sabe pues amada por ser quien es, sin que sus méritos o deméritos puedan apartarla de ese amor, porque *no lo merece*, sino que se le regala por el Dios todo misericordia que se abaja a sus criaturas para darse del todo a ellas en un gesto de ternura incomparable, más fuerte que la muerte⁴³. Esa sabiduría

su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (DCE, 12). Y un poco más adelante añade: “Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena [...]. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (*Ib.*, 13. Pueden verse los nn. 9-11. 14, etc...).

41 “Teresa es, además, una *contemplativa*. En el ocultamiento de su Carmelo vivió de tal modo la gran aventura de la experiencia cristiana, que llegó a conocer la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo (cf. Ef 3, 18-19). Dios quiso que no permanecieran ocultos sus secretos, por eso capacitó a Teresa para proclamar los secretos del Rey (cf. Ms C 2 v). Con su vida, Teresa da un testimonio y una ilustración teológica de la belleza de la vida contemplativa, como total entrega a Cristo, Esposo de la Iglesia, y como afirmación viva del primado de Dios sobre todas las cosas. Su vida, a pesar de ser oculta, posee una fecundidad escondida para la difusión del Evangelio e inunda a la Iglesia y al mundo del buen olor de Cristo (cf. Carta 169, 2 v)” (DAS, 9).

42 P 23 en la edición de *Obras completas* que manejamos.

43 “Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...”

hace a Teresa fuerte, la sana, reconstruye el sentido de su vida y se convierte en la luz que despeja cualquier sombra de nostalgia o melancolía.

Asentada en esta verdad, Teresa se convertirá desde este momento en heraldo de la misericordia de Dios⁴⁴, sobre todo en el interior de su comunidad, tratando de hacer llegar a sus hermanas la buena noticia evangélica del amor de Dios que se manifiesta en Cristo⁴⁵; pero también hacia el exterior, particularmente en su correspondencia con dos misioneros que, primero su hermana, Madre Inés, y luego la Madre María de Gonzaga ponen a su cargo para que los aliente con su palabra y su oración⁴⁶. La *divisa* de Teresa, una vez que ha comprendido ese Amor, será amarle cada vez más y hacerle amar: “Me dice usted que reza también mucho por su hermana [se refiere a ella misma]. Ya que me hace esta caridad, me gustaría mucho que rezase todos los días esta oración en la que se encierran todos mis deseos: «Padre misericordioso, en el nombre de nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerte amar mucho...».

Usted me ha prometido rezar por mí durante toda su vida, que, sin duda, será más larga que la mía, y no podrá cantar como yo: «Mi destierro, así lo espero, será breve...»; pero tampoco podrá olvidarse de su promesa. Si el Señor me lleva pronto con él, le pido que continúe rezando todos los días esa breve oración, pues en el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar”⁴⁷.

La contemplación del rostro amoroso de Dios manifestado en Jesús como un poder que acoge y sana, sobre todo, empujará a Teresa a la vivencia de la

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el momento preciso se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma” (Ms A 2v-3r).

44 Cf. E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, “La ternura...”, *o. c.*, 71-77.

45 En sus cartas, en sus *obras recreativas o recreaciones piadosas*, en sus poesías... pero, sobre todo, como veremos, en su forma de vivir la caridad.

46 Eran M. B. Bellière y A. Roulland. Cf. E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, “La ternura...”, *o. c.*, 170-178; ID., “Teresa de Lisieux, patrona universal de las misiones”, en *Revista de Espiritualidad*, 55 (1996), 475-505; D. MOLINA, “Teresa de Lisieux a los misioneros”, en E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ (COORD), “Teresa de Lisieux. Profeta...”, *o. c.*, 707-729; P. AHERN, *Maurice and Therese. The Story of a love*, New York, Doubleday, 1998 (hay traducción española: *Mauricio y Teresa. La salvación por la confianza*, Madrid, Voz de Papel, 2005).

47 Carta de 24.2.1897 al abate Bellière (220 en la ed. de *Obras completas* usada); cf. la carta de 23.6.1896 al P. Roulland (189). María de la Trinidad nos cuenta: “La vi muchas veces derramar lágrimas al hablarme del amor de Jesús a nosotros y de su propio deseo de amar a Jesús y de hacerle amar” (“Teresa de Lisieux. Procesos...”, *o. c.*, 369).

caridad en medio de su comunidad⁴⁸. Y la práctica y la vivencia de la caridad se convertirá a su vez en impulso que sustenta su experiencia de Dios amor, estableciéndose un *círculo de retroalimentación* entre experiencia y praxis, como ilustra bien a las claras esta anécdota narrada por sor María de la Trinidad⁴⁹, narrada en los procesos: “La apené un día al no querer reconocer las faltas que me reprochaba. Sonó la campana, y nos separamos bruscamente para acudir a una reunión de comunidad. Comencé entonces a lamentar mi conducta, y acercándome a ella, el dije muy bajito: «He sido muy mala hace un momento...». No le dije más, y vi que inmediatamente sus ojos se llenaban de lágrimas. Mirándome con mucha ternura, me dijo: «... No, nunca he comprendido tan vivamente como ahora con cuánto amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de haberle ofendido. Si yo, pobrecita criatura suya, he sentido tanto amor hacia vos en el momento en que habéis vuelto a mí, ¿qué sentirá el corazón de Dios cuando volvemos a él?...»⁵⁰.”

Esa será, para santa Teresita, la forma más intensa de llevar al corazón del mundo el Evangelio de la caridad: practicarla con los cercanos y en las cosas pequeñas. Evoca así, con su vida, la praxis y la palabra de su Madre, Teresa de Jesús: “Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentos con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligada ¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y

48 “Impresiona particularmente la interpretación que da el Papa Gregorio Magno de esta visión [la escala de Jacob, cf. Gn 28, 12] en su *Regla pastoral*. El pastor bueno, dice, debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de ese modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas” (DCE, 7). En el discurso con motivo de la peregrinación al Santuario de la Santa Faz de Manoppello, decía también Benedicto XVI: “Dunque, per entrare in comunione con Cristo e contemplarne il volto, per riconoscere il volto del Signore in quello dei fratelli e nelle vicende di ogni giorno, sono necessarie «mani innocenti e cuori puri». Mani innocenti, cioè esistenze illuminate dalla verità dell’amore che vince l’indifferenza, il dubbio, la menzogna e l’egoismo; ed inoltre sono necessari cuori puri, cuori rapiti dalla bellezza divina, come dice la piccola Teresa di Lisieux nella sua preghiera al Volto Santo, cuori che portano impresso il volto di Cristo” (http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20060901_manoppello_it.html).

49 Ya la citamos anteriormente. Esta religiosa, proveniente del Carmelo de París, fue recibida en Lisieux el 16 de junio de 1894. De carácter espontáneo y de origen humilde, su extroversión y su sencillez cautivaron pronto el corazón de Teresa. La tuvo a su cargo en el noviciado –santa Teresita fue ayudante de la M. Gonzaga cuando ésta fue maestra– y llegaron a ser profundamente amigas. Los testimonios de sor María en los Procesos son muy conmovedores, por su conocimiento de la Santa y la intimidad que con ella tuvo. Murió en 1944 a los setenta años.

50 (“Teresa de Lisieux. Procesos...”, *o. c.*, 369).

con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá su Majestad que haríais mucho más; y así os dará premio como si le ganaseis muchas”⁵¹.

3. LA CARIDAD EN LA VIDA DE CADA DÍA

3.1. AMOR Y SEGUIMIENTO

Como hemos dicho más arriba, Teresa aprendió a amar en la medida en la que hizo experiencia de cómo Dios la amaba. No hay otra forma de vivir la caridad en clave cristiana y así nos lo ha hecho ver el Papa Benedicto XVI en *Deus Caritas est*: “Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta”⁵².

Se trata, pues, de un principio universal que vale también para nosotros: el amor primero de Dios se convierte en la fuente de nuestro propio amor. Porque Él se ha revelado como tal, es posible amarle y amar a los otros.

Y este amor es más que un sentimiento, implica a nuestra voluntad y a nuestro entendimiento, que nos lleva a querer lo mismo que Dios quiere y a rechazar lo mismo que Dios rechaza: hacerse uno semejante al otro⁵³: “La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal 73* [72], 23-28)”⁵⁴.

Al meditar el mandamiento nuevo, Teresa, como vimos al comienzo de este trabajo, había comprendido que amar a los demás como Jesús los amó es amarles porque lo necesitan, no porque lo merecen. Pero ella entiende también

51 Santa Teresa de Jesús, *Moradas del Castillo Interior*, séptimas moradas, capítulo cuarto, párrafo decimocuarto (estamos citando por la edición de Madrid, Editorial de Espiritualidad, 52000, 964-965).

52 DCE, 17.

53 Cf. *ib.*

54 *Ib.*

que vivir ese amor tan desinteresado no es posible si no es el mismo Jesús quien lo vive en nosotros; sólo desde la cima del seguimiento que es la identificación total con Cristo, es posible vivir plenamente el mandamiento del amor: “Yo sé, Señor, que tú no mandas nada imposible. Tú conoces mejor que yo mi debilidad, mi imperfección. Tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento nuevo...

¡Y cómo amo este mandamiento, pues me da la certeza de que tu voluntad es amar tú en mí a todos los que me mandas amar...!

Sí, lo se: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas”⁵⁵.

Teresa nos explica seguidamente que, cuando se siente tentada a rechazar a una hermana, trata de poner frente a sí no lo que esa hermana tiene de malo, sino sus virtudes, es decir, trata de mirarla con amor, de contemplarla con los ojos de Jesús. El Papa lo ha expresado de manera hermosa en su encíclica: “Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*”⁵⁶.

Y nos ha insistido en que, para conseguir este amor, es absolutamente necesaria esa intimidad divina a la que accedemos de manera privilegiada en la eucaristía –ha sido el caso de Teresita, como vimos–: “Los Santos –pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta– han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es «divino» porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos

55 Ms C, 12v. Entre tanto se vive esa presencia en plenitud, lo que finalmente se nos regalará como gracia, hemos de ir viviéndolo –a veces con esfuerzo–, como empeño.

56 DCE, 18 (cf. *ib.*, 33-34).

convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo para todos» (cf. *I Co* 15, 28)⁵⁷.

3.2. AMOR GRANDE EN LAS PEQUEÑAS COSAS

La realización de este amor no puede quedarse en la teoría, lógicamente, pero tampoco puede pensarse que, para los santos, la aplicación a la vida diaria de esta experiencia se hace sin esfuerzo ni trabajo, en un ambiente exento de dificultades o con una facilidad de corte sobrenatural, vedada para nosotros. Teresa de Lisieux ha vivido según estos principios en un ambiente enormemente complicado y vencer su propia naturaleza ha sido la primera gran dificultad. El ejercicio de la caridad no se realiza sin esfuerzo, nos viene a decir Teresa, pero ese esfuerzo es posible con ayuda de la gracia.

Hablándonos de un servicio al que se ofreció con una hermana mayor y enferma –y que luego detallaremos–, nos dice algunas cosas llamativas a este respecto: “*Me costaba mucho ofrecerme para prestar ese pequeño servicio, pues sabía que no era fácil contentar a la pobre sor San Pedro [...]. Todas las tardes, cuando veía que sor San Pedro comenzaba a agitar su reloj de arena, sabía que eso quería decir: Vamos. Es increíble lo que me costaba hacer aquel esfuerzo, sobre todo al principio. Sin embargo, acudía inmediatamente, y a continuación comenzaba toda una ceremonia*”⁵⁸. Por dos veces, Teresa nota el esfuerzo que debía hacer para cumplir una obligación que se había impuesto voluntariamente: el camino de la caridad no se recorre a bajo precio, pero es posible pagarlo, nos está diciendo nuestra Santa⁵⁹.

Por otra parte, el ambiente en el que Teresa vive, a pesar de tratarse de un ambiente conventual, no está exento de grandes ocasiones de conflicto⁶⁰, dado el difícil carácter de muchas de las religiosas. El testimonio de las Carmelitas

57 *Ib.* Esta intimidad también se alcanza en la oración: “Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?” (*Ib.*, 37).

58 Ms C, 29r (cursivas nuestras).

59 Podemos recordar aquí lo dicho más arriba acerca del esfuerzo que acompañó a la *gracia de Navidad*. También en el ejercicio de la caridad la vida cristiana se revela *don y tarea*, como insinuamos más arriba.

60 Cf. E. J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, “La ternura...”, *o. c.*, 192-202.

que convivieron con Teresa durante su estancia en el Convento de Lisieux, conservado en los procesos de beatificación de la Santa, nos muestra con un realismo crudo la pobre realidad de aquella comunidad: muchas hermanas que se dividen en bandos enfrentados, pobreza intelectual y humana, envidias, celos, poco aprecio a la regla y al silencio. Escuchemos de nuevo a sor María de la Trinidad: “[Teresita] vivió en el Carmelo en un tiempo en el que todo estaba en desorden en la comunidad. Se habían formado partidos [...]. Se faltaba mucho a la caridad. Se observaba mal la regularidad y el silencio”⁶¹.

En este ambiente, las opciones para Teresa no eran muchas: dejarse arrastrar por la corriente, enfrentarse a las demás hermanas creando un bando de *puras, observantes...* o apelar con amor a todas para acercarse a las más necesitadas y tratar de convertir así a las enemigas en amigas. Esa es la que ella escoge, aplicando en las heridas de su comunidad un amor sanador, que es el amor del crucificado que ella ha experimentado. Un amor que brota del Misterio Pascual que ella celebra en la Eucaristía y recibe en la oración y que la mueve a actuar en dos direcciones:

- Para con los pobres y necesitados es amor que se encarna en tensión de cercanía, de abajamiento. Busca compartir los padecimientos de los otros, hacer suyo sus sufrimientos para aliviar el dolor y la necesidad.
- Para con los que hacen el mal es amor que se encarna en parresía, capacidad de enfrentar la injusticia devolviendo bien por mal, de modo que el corazón de quien oprime o trata injustamente se conmueva y se convierta a la corriente de la vida.

Tanto una como otra forma de amor propio del crucificado ejercitará Teresa en sus años de vida en el Carmelo, con gran éxito, como podremos ir viendo. Y lo hará en las cosas pequeñas, convencida como estaba de que, para mostrar el amor, no son necesarias las grandes ocasiones, las circunstancias heroicas, sino la realidad, la vida de cada día: “Nuestro Amado no tiene necesidad de nuestros grandes pensamientos, de nuestras obras brillantes; si quisiera pensamientos sublimes ¿no tiene a sus ángeles, a sus legiones de espíritus celestes, cuya ciencia excede infinitamente a la de los más grandes genios de nuestra triste tierra?”⁶².

La vida de Teresa, en definitiva, alumbró el camino de la santidad de las pequeñas cosas, como muestran algunos episodios de la misma que ahora recogemos para concluir.

61 “Procès Apostolique...”, *o. c.*, 1272.

62 Carta de 25 de abril de 1893 a su hermana Celina (141); “Celina querida, dale gracias a Jesús. El te colma de sus gracias de elección. Si eres siempre fiel en agradecerle en las cosas pequeñas, él se verá OBLIGADO a ayudarte en las GRANDES” (carta de 26 de abril de 1894 a su hermana Celina –161–).

3.2.1. *El difícil oficio de ayudar a una portera*

Sor San Rafael del Corazón de María era la hija de un tornero y tonelero de Normandía. A los veintiocho años entra en el Carmelo y en tiempos de Teresa es la portera del convento de Lisieux. En 1893, es nombrada nuestra Santa ayudante, suya y soporta pacientemente todos los caprichos y manías de la hermana portera. No contenta con la disponibilidad de su joven ayudante, sor San Rafael comienza a exigirle otros servicios ajenos a su cargo y trata de imponerle sus criterios acerca de cómo cuidar su salud, mientras en el Refectorio le priva del reconfortante vaso de sidra a su compañera de mesa. Teresa no soporta estoicamente estos desmanes, Teresa siempre tiene a mano una sonrisa, un gesto amable, una mirada de aceptación, de manera que la hermana no pueda sentirse humillada, descubierta, ofendida. En compañía de Teresa, sor San Rafael suele estar tranquila, se siente escuchada y querida. Por eso, ante una recriminación de sor María de la Trinidad, la portera no dudará en contestar: “¡Oh, hermanita mía!, jamás la hermana Teresa del Niño Jesús me ha hablado como Vuestra Caridad lo hace”. El juicio de Teresa lo conocemos por el testimonio de la propia sor María: “Sé muy amable con ella, que está enferma, pues es caridad dejarla creer que nos hace bien, y esto nos brinda ocasión de practicar la paciencia”⁶³.

Teresa no se equivocaba al tratar a la hermana San Rafael como enferma. Al poco de morir la Santa, comenzó un declive mental que la llevaría en pocos años a la locura más absoluta, en la que vivió tristemente sumergida hasta su muerte en 1918.

3.2.2. *A las almas imperfectas no se las busca*

En la comunidad de Teresita, lo hemos dicho, abundaban hermanas de una pobreza moral rayana con la enfermedad. Ella percibe la facilidad con que nos acercamos a las personas de conversación agradable, mientras que huimos de aquellos y aquellas cuyas formas externas nos resultan pobres, desagradables. Los enfermos materiales son campo apropiado para ejercer la caridad, aproximarnos a ellos, y aliviar su dolor nos llena de gozo interior. No ocurre lo mismo con las enfermedades espirituales. Teresa nota con perspicacia psicológica cómo en su comunidad no son apreciadas las hermanas llenas de “faltas de educación, susceptibilidad de carácter, cosas que no hacen la vida muy agradable”⁶⁴, cuya compañía se evita pues se teme de ellas una reacción desagradable, un desaire. Para Teresa “tales enfermedades morales son crónicas, no hay espe-

63 “Teresa de Lisieux. Procesos...”, *o. c.*, 373.

64 Ms C, 28r.

ranza de curación. Pero sé también que si yo hubiese de estar enferma durante toda mi vida, mi madre no cesaría de cuidarme, de procurar aliviarme.

Pues ved la conclusión que saco de todo esto: En la recreación, en la licencia, debo buscar la compañía de las hermanas que me son menos agradables, cumplir para con esas almas heridas el oficio del buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan muchas veces para alegrar un alma triste”⁶⁵.

De esta manera, Teresa se hará pronto ayudante de las enfermeras de la hermana San Pedro, a la que nos referíamos más arriba. Atacada por la artrosis, esta religiosa no podía andar sin ayuda, y era un engorro para las enfermeras de oficio llevarla al refectorio. La Santa se ofrece voluntaria para el encargo y no sin esfuerzo, como sabemos, conduce a la enferma cada día a su puesto en la mesa, sufriendo sin quejarse sus reproches.

Pero Teresita no se conforma con eso: “Con sus pobres manos deformadas [sor San Pedro] echaba el pan en su escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna noche la dejaba sin haberle prestado también este pequeño servicio. *Como ella no me lo había pedido, mi atención la conmovió mucho, y, por este sencillo detalle, que yo no había buscado intencionadamente, me gané enteramente sus simpatías. Y sobre todo (me enteré más tarde), porque después de cortar el pan le dirigía, antes de marcharme, la más graciosa de mis sonrisas*”⁶⁶. Un sencillo gesto, una sonrisa inspirada en el Amor ha sido capaz de cambiar el corazón exigente en amigo, hasta el punto de que sor San Pedro se hace menos quisquillosa en sus requerimientos a Teresa.

Años más tarde, esta religiosa llamará Celina para explicarle la caridad que nuestra Santa ha ejercido con ella: “Acababa yo de entrar en el Carmelo cuando una buena anciana conversa me contó detalladamente los cuidados caritativos que sor Teresa del Niño Jesús le dispensaba. Y añadió en tono solemne: «tales actos de virtud no deben quedar bajo el celemín». De una suavidad muy particular tuvo que ser la virtud de la Sierva de Dios para impresionar de tal suerte a aquella naturaleza ruda, poco apta para sentir delicadezas. Lo que especialmente la emocionaba era la angelical sonrisa con que su amable conductora remataba todos sus servicios”⁶⁷. Y se lo comunica porque está convencida de que tales gestos de amor hallan su raíz en el amor de Jesús, es decir, de que Teresa es santa por su configuración con Cristo; así lo confirma la propia Celina en un testimonio posterior más detallado: “En el Carmelo, a los pocos días de mi entrada, sor San Pedro me hizo llamar a su enfermería, diciéndome que tenía

65 *Ib.*

66 *Ib.*, 29v (cursivas nuestras).

67 *Procès de béatification et canonisation de Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus et de la Sainte-Face. I. Procès informatif ordinaire*, Roma, Teresianum, 1976, 704.

una cosa muy importante que confiarme. Me hizo sentar en un banquillo frente a ella, y me contó detalladamente toda la caridad que sor Teresa le había dispensado. Luego, en tono solemne, me dijo misteriosamente: «Me guardo para mí todo lo que pienso..., pero esta niña llegará lejos... Si os he contado todo esto, es porque sois joven y podréis decirlo a otros después, porque tales actos de virtud no deben quedar ocultos debajo del celemín»⁶⁸».

3.2.3. *Una novicia difícil*

Sor Marta de Jesús, compañera de noviciado de Teresita no era una persona de trato fácil. Huérfana desde los ocho años, había conocido muchos orfelinatos normandos. Quizás por ello fuera agresiva y necesitada de cariño. Durante el noviciado no podía evitar sentir gran admiración por su compañera, pero tampoco perdía ocasión de herirla con comentarios irónicos, sarcásticos. La gota que colma el vaso de sor Marta, lega, es que Teresa sea admitida a la profesión quince días antes que ella.

Como nuestra Santa, permanece en el noviciado después de hacer la profesión, y pide hacer los retiros anuales al tiempo que Teresa, quien tiene que romper su silencio para escuchar y aconsejar a la hermana Marta, quien parece haber establecido con Teresita una relación de *amor-odio*. No quiere separarse de ella, pero no pierde ocasión de criticarla en público y herirla con mordaces comentarios y frecuentes indelicadezas.

La actitud de Teresa es la que venimos notando hasta ahora. Comprensión, capacidad de escucha, una sonrisa, un gesto amable... que tendrán que esperar hasta después de 1897 para germinar en sor Marta. Escuchemos su testimonio en los procesos: “La hice sufrir mucho por mi carácter difícil; pero puedo afirmar, con toda verdad, que conservó siempre la misma dulzura, la misma igualdad de carácter. Mejor, diría que cuanto más la hacía sufrir parecía redoblar más los agasajos y atenciones.

Nunca me rechazó a pesar de la frecuencia de mis visitas; nunca manifestó el menor enojo al recibirme. Las admirables virtudes hacían que yo la amara mucho.

Sin embargo, experimentaba yo, a veces, la tentación de enfadarme. Entonces me alejaba de ella y no quería hablarla más. Pero en su gran caridad me buscaba siempre para hacer bien a mi alma, y, con su dulzura, conseguía ganarme siempre.

68 (“Teresa de Lisieux. Procesos...”, *o. c.*, 752. “Sor San Pedro, una pobre enferma, deseaba que se perpetuase el recuerdo de la caridad que la Sierva de Dios había practicado para con ella; sostenía, incluso «que se hablaría más tarde de sor Teresa del Niño Jesús»” (*ib.*, 277).

Un día que estaba yo descontenta, le dije cosas que debieron causarla gran pena; pero nada mostró, y me habló con calma y bondad, suplicándome con instancias que la ayudara en cierto trabajo. Me rendí a su petición, pero murmurando porque me molestaba mucho. Me vino entonces la idea de ver hasta dónde aguantaría su paciencia, y para ejercitar su virtud me propuse no responder a nada de lo que me decía; más no pude por menos de doblegarme a su dulzura y *acabé por pedirle perdón por mi conducta.*

Sor Teresa del Niño Jesús no me hizo ningún reproche, no me dijo ninguna palabra mortificante, y, aunque mostrándome mis sinrazones, me animó a ser más dulce cuando se tratara de hacer servicios⁶⁹.

Si hemos traído aquí este largo testimonio de los procesos, es porque él nos permite justificar de modo claro que la actitud de Teresita no supone la renuncia de los *débiles* —en el peor sentido del término—, sino la aceptación de los conflictos de un modo nuevo, que exige un valor y una fortaleza muy superiores a los métodos violentos. El amor absoluto al crucificado obliga a contemplar en todos la imagen de Aquél que pidió ser vestido en la desnudez de sus hermanos más pobres. También en la desnudez moral de las enfermedades psíquicas y la falta de formación. De esa experiencia de Dios surge el compromiso concreto de Teresita con los que ella siente frágiles, aquellos que nosotros, de palabra o de obra, rechazamos, porque no pertenecen al grupo de los *buenos*.

Esta manera de asumir los conflictos, como vemos en el caso de sor Marta o sor san Pedro, que intenta atraer al otro-enemigo con gestos y palabras fraternos, resulta ser más valiosa que cualquier método de exclusión violenta, pues incorpora a la comunidad, a la corriente de la vida, a aquéllos que ya dábamos por perdidos. La *pasión por los demás* que rige la vida de Santa Teresa del Niño Jesús se extiende por la oración y el sacrificio a los lejanos, pero es eminentemente concreta y cercana⁷⁰.

3.2.4. La mesa de los pecadores

Esa extensión a los lejanos se hace especialmente intensa en el caso de los pecadores, cuando Teresa se sienta hermana y compañera de ellos durante su terrible noche de la fe. En ese tiempo de oscuridad, el evangelio de Teresa alcanzará su cumbre. En el mismo Manuscrito C, donde ha dado a luz la misericordia gestada durante tantos años de soledad, sufrimientos y alegrías, nos enseña que la auténtica caridad no excluye a nadie.

69 “Procès de béatification et canonisation...”, o. c., 622 (cursivas nuestras).

70 Empiezo a construir un mundo nuevo cuando construyo un hogar nuevo, una vecindad fresca, un barrio reformado, en suma, cuando me entrego a los pequeños gestos de caridad y amor para con los próximos que tanto cuestan.

La pequeña Teresa ha comprendido en su corazón y en su carne, bajo la luz del Evangelio de Jesús que experimenta tan intensamente, que incluso la vida más escondida no puede ser entendida en cristiano si no supone un intento de compartir la existencia de los contemporáneos. En la Francia de fin de siglo, campo de batalla entre el ultranacionalismo católico y el republicanismo ateo⁷¹, una religiosa anónima en un anónimo Carmelo de Normandía quiere hacer de su vida un reflejo de la misericordia que el Padre tiene con todos sus hijos, quiere cantar la Buena Noticia del Amor a todos los hombres, porque a todos –incluso los a los pecadores– está dirigida.

En los momentos más duros de su vida espiritual⁷², cuando la noche de la fe la cerca, y duda incluso de lo que supone el fundamento de su vida, Teresa sabe hacer de la prueba un modo privilegiado de comprender y amar también a los más alejados, a los pecadores que niegan a Dios: “Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz. Os pide perdón para sus hermanos. Se resigna a comer, por el tiempo que vos lo tengáis a bien, el pan del dolor, y no quiere levantarse de esta mesa llena de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día por vos señalado... Pero ¿acaso no puede ella también decir en su nombre, en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos unos pobres pecadores?⁷³... ¡Oh, Señor, despedidnos justificados!... Que todos esos que no están iluminados por la antorcha de la fe la vean, por fin, brillar⁷⁴”.

Al asomarse a la noche de la fe, Teresa se hace solidaria de los pecadores⁷⁵, ha comprendido lo que sienten y por eso puede apelar ante el Padre en su favor, intentando tocar su corazón compasivo. Ya no es “madre de las almas⁷⁶”, ahora es sólo su hermana. Ninguna pretensión de superioridad, ningún rastro de fanatismo o integrista, ningún convencimiento irracional. Teresa Martín sólo quiere interceder por sus hermanos desde la seguridad que le da el saber que está viviendo su propia vida.

Santa Teresita nos invita, así, a mirar al que se revistió de la pobreza de los necesitados, al Cristo pobre que no retuvo su condición de Dios, sino que tomó la de esclavo, pasando por uno de tantos⁷⁷, y nos muestra un camino que no es

71 Cf. L. J. F. FRONTELA, “Entorno histórico...”, *o. c.*,

72 Cf. E. J. Martínez González, “La ternura...”, *o. c.*, 202-206.

73 Cf. Lc 18,13.

74 Paulina declaró: “Cuando la acosaban de modo más fuerte sus tentaciones contra la fe, ella me dijo: «Ofrezco estas grandes penas para obtener la luz de la fe a los pobres incrédulos y por todos aquellos que se alejan de las creencias de la Iglesia»” (“Procès Apostolique...”, *o. c.*, 151).

75 Teresa piensa fundamentalmente en los ateos. El ateísmo era un pecado para ella incomprensible, pero la experiencia de la noche oscura le plantea la real posibilidad de que haya personas *que no tienen fe* (cf. Ms C, 5v); pero no se pone frente a ellos, sino a su lado, compadeciéndoles.

76 Ms B, 2v.

77 Cf. Flp 2, 6-11.

para *puros* ni para santos, sino para *pecadores*. Teresa de Lisieux ofrece también una luz y una esperanza “a todos cuantos están desesperados de sus faltas, de sus debilidades o de su inutilidad; a cuantos están penetrados en lo más hondo de sí mismos del sentimiento del absurdo de la condición humana, del sentimiento del fracaso y del sinsentido del universo y de la humanidad [...]. Ella cree en el amor, cree ante todo en el pobre impulso de amor que surge, que puede surgir en todo momento de un corazón incluso perdido y de una vida incluso desamparada”⁷⁸.

Esa es la más hermosa *lluvia de rosas*, el trabajo que Teresa de Lisieux emprende después de su muerte: suscitar en el hombre y la mujer la esperanza en medio de la noche y la tormenta, mostrar un camino de amor universal capaz de devolver la alegría al cristianismo y a la humanidad, animándola con la luz del Evangelio que ella experimentó. Creemos que Teresa sigue siendo un punto de referencia para todos aquellos que no quieren creer en la imposición, la venganza, el ajuste de cuentas, la ley del más fuerte, etc... como normas para el gobierno del mundo y la relación entre las personas.

De vuelta al Evangelio, de la mano de Teresa, comprenderemos que la caridad y la misericordia de Dios pueden desplegarse en el mundo como una potencia de liberación: “Siempre me dieron mucha lástima las personas que servían en los grandes banquetes. Si, por desgracia, les sucedía que dejaban caer algunas gotas sobre el mantel o sobre alguno de los comensales, veía al ama de casa mirarles severamente, mientras los pobrecillos enrojecían de vergüenza; y yo me revelaba interiormente y me decía: Estas diferencias que existen en la tierra entre amos y criados ¡qué bien prueban que hay un cielo en el que cada cual será colocado según su valía interior y en el que todos estaremos sentados en el banquete del Padre de familia! Y entonces ¡qué Servidor tendremos, pues Jesús dijo que él mismo «se pondrá a servirnos»! Ese será el momento en el que sobre todo los pobres y los pequeños se verán ampliamente recompensados de sus humillaciones”⁷⁹.

Santa Teresita quiso ser artista y es innegable que tenía dotes para la pintura. Pero pareció a su familia que, estando recibiendo ya Celina cursos con algunos buenos maestros, era demasiado dispendio que Teresa también los siguiera. Sin embargo, su palabra escrita, como reflejo fiel de su vida, canta a la estética del obrar humano transido del Espíritu de Cristo. De ello da fe este texto que traemos como conclusión de nuestro trabajo, que es todo un canto a la belleza de una pequeña obra de amor inspirada en el Amor:

“Una tarde de invierno, estaba yo cumpliendo, como de costumbre, mi dulce tarea para con sor San Pedro; hacía frío, anochecía... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces, me imaginé un salón

78 J. F. SIX, “Teresa de Lisieux en el...”, *o. c.*, 349.

79 UC 8.8.4, p. 864 de la edición de *Obras completas* que manejamos.

muy bien iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados, y en él, jóvenes elegantemente vestidas, prodigándose mutuamente cumplidos y delicadezas mundanas.

Luego, mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que yo sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro claustro austero, apenas iluminado por una débil claridad.

No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, los cuales superaron de tal modo el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad...

¡Ah! no hubiera cambiado los diez minutos empleados en cumplir mi humilde tarea caritativa por gozar de mil años de fiestas mundanas...⁸⁰.

80 Ms C, 29v-30r.